

nos con no interrumpidos encomios de su valor y patriotismo, para tenerlos de su parte contra los austriacos, á quienes miraba receloso; tambien halagaba á los austriacos estudiadamente con decir que en Praga se les debió la salvacion de Europa; y finalmente, cuidaba de no olvidar á los ingleses, á quienes calificaba de modelo de perseverancia, de primeros autores de la resistencia á Napoleon y de primeros vencedores de este conquistador reputado por invencible. Hablando de esta suerte, mientras en Francfort fingia apoyar los dictámenes moderados, secretamente soltaba el freno á los espíritus fogosos, para atraerlos á su lado. Por estos medios sostuvo á la coalicion muy amenazada de discordia sin su hábil conducta, y asi adquirió una autoridad preponderante.

Junto á sí y muy adicto desde que en su córte le dió asilo, tenia al famoso conde de Stein, aquel prusiano obligado á buscar refugio en Rusia contra las iras de Napoleon, é influentísimo despues sobre Alejandro y la coalicion toda. Se le habia puesto al frente de una comision que dirigia los negocios alemanes, y administraba en provecho de los ejércitos aliados los territorios reconquistados á Francia, y cuya restitucion á los antiguos poseedores no estaba consumada, ni aun resuelta. Estos territorios eran los de Sajonia, Hesse, Westfalia, Brunswick, Hannover, Berg, Erfurt, etc.... A los confederados del Rhin, aliados que nos habian vendido, sin tenerles en cuenta este paso la comision les impuso en hombres y en dinero un doble de lo que poco antes suministraban á Francia. Sometidos fueron á un contingente de ciento cuarenta y cinco mil hombres, y á un subsidio de

84.000.000 de florines, entregado en obligaciones con interés á Prusia, Rusia, Austria, los Estados siguientes, Hannover, Sajonia, Hesse, Cassel, Berg, Wurtemberg, Baden y Baviera. Asi la comision de negocios alemanes era una especie de comité revolucionario, que obrando en nombre de la salud pública, no ponía á su voluntad ningun freno. Bajo pretesto de entregar como era debido á los alemanes la direccion de sus negocios, Alejandro los entregaba á sí mismos, á condicion de tenerlos de su parte siempre que pudiera necesitarlos.

Un personaje singular, un corso, ageno á todas estas pasiones por origen y por superioridad de espíritu, no teniendo en punto á pasiones más que la suya que era la del odio, el célebre conde Pozzo di Borgo, se habia refugiado cerca de Alejandro, sobre el cual empezaba á ejercer muy notable ascendiente ¿y quién era, se preguntará el blanco de este odio, que llenaba toda su alma? No era otro que el hombre prodigioso salido como él de la isla de Córcega, y cuya gloria, al deslumbrar al mundo, habia afligido su corazon envidioso. Muy rara arrogancia habia sin duda en rivalizar con un genio como Napoleon, pues solo toca á hombres extraordinarios como Federico el Grande, César, Anibal, Alejandro, si aún sienten sus corazones los desvelos de la gloria mortal. ¿Pero cómo un hombre oscuro, desconocido hasta ahora, sin espada y sin elocuencia, mezclado solo en los cabaldeos de su isla, se podia permitir el arrojo de rivalizar con el vencedor de Rivoli, de las Pirámides y de Austerlitz? A tanto se habia atrevido á pesar de todo, porque las pasiones para inflamarse no necesitan el permiso de Dios, ni de los

hombres, se inflaman á semejanza de esos incendios, que devoran las ciudades ó las campiñas sin que se sepa su origen siquiera. Cuando un hombre superior sale del país donde tuvo su cuna, allí deja amigos calorosos ó émulos implacables. De estos últimos era respecto de Napoleón el conde Pozzo di Borgo, y fuerza es reconocer que al presente el envidioso no era indigno del envidiado. Dios le había concedido una especie de genio tan admirable como el de las batallas, de la elocuencia ó de las artes, el genio de la política, esto es, esa sagacidad que abarca los sucesos humanos en sus causas y su curso y sus consecuencias, que penetra cuando conviene evitarlos ó mezclarse en ellos; genio raro que las almas grandes aplican á su patria y las pequeñas á sí propias, que pierde de grandeza lo que gana en egoísmo, pero que constituye uno de los dones más preciosos del entendimiento, y casi nunca deja ignorado, ocioso ó inútil al mortal que lo posee por fortuna. Lo acreditó así para nuestro mal el conde Pozzo, pues sin reputación hasta entonces, sin influencia, casi sin patria, coadyuvó singularmente á la ruina de Napoleón y por tanto á la nuestra.

Sucesivamente recorrió todos los países para dañar al hombre contra quien asestaba su odio, primero Inglaterra, después Austria, luego Rusia y Suecia, dejando á su turno las cortes que se aproximaban á Francia, para dirigirse á aquellas que se iban más lejos, tornando posteriormente á las primeras cuando rompían con nosotros, y siempre infundiendo donde quiera el ardor de que se sentía animado. Haciendo de todo, ora se le enviaba á Londres para arrancar á Inglaterra el dinero que

hacia falta, ora á la capital de Bernadotte, á quien despreciaba ó imponía dominio, para traerle al campo de batalla de Leipzig. Ahora, colocado cerca de Alejandro en calidad de ayudante de campo, con su acento italiano, su gesticulación viva, su mirada ardiente y altanera, ejercía una acción poderosa y muy justificada por su gran perspicacia y sin par solidez de juicio. Este hombre dijo á Alejandro la triste verdad respecto de Francia, como si la hubiese corrido de un cabo á otro, á pesar de hacer años que faltaba de ella.—No os intimide, le decía de continuo, la idea de ir á desafiar en su casa al coloso que os ha oprimido tan largos días; lo más difícil, que era llevarle de las márgenes del Vístula á las del Rin, ya está consumado. De Francfort á París no hay más que un paso como distancia, y como dificultad aún hay menos. Todas las prodigiosas fuerzas de Francia se han gastado fuera, y dentro no le queda ya nada: esa nación siente disgusto muy hondo, y se revela contra el yugo que tiene encima. Id sin descanso, marchad de prisa, no dejéis respirar al gigante; id á esas Tullerías de que ha hecho su guarida, y Francia os le abandonará sin resistencia. Os asombrareis de la facilidad de esta obra, pero es fuerza llegar á París. Tan luego como vuestra espada rompa la cadena que tiene á Francia oprimida, os entregará Francia su opresor y el vuestro—

Estas verdades terribles, siempre fijas en el espíritu penetrante del conde Pozzo, le valieron una influencia decisiva en el año fatal de 1814. Alejandro se sentía feliz al oírle, porque escuchándole se conmovían todas sus pasiones, y después

de haberle oído se apartaba de la moderación de Mr. de Metternich, y quería, como los prusianos, marchar adelante, cruzar el Rhin y empeñar contra Napoleón la última y suprema lucha.

Cuando las proposiciones de Francfort fueron conocidas por los principales agentes de la coalición, les excitaron á una agitación extrema, y merecieron de su parte una reprobación amarga. Detenerse, era en su sentir una debilidad desastrosa, pues se daría tiempo al enemigo común de restaurar sus fuerzas. Concederle á Francia con el Rhin, los Alpes y los Pirineos, equivalía á poner en sus manos los medios de no dejar nunca á Europa en reposo. Así había que arrancarle, no solamente el Rhin y los Alpes, sino también la misma Francia, no admitiendo para contener al pueblo francés á otros jefes que los Borbones. Además había que restablecer en Europa á las familias injustamente despojadas, y que restablecer el imperio del derecho, y que reconstituir en suma la Europa antigua. Para conseguirlo solo faltaba un paso, pero había que darlo al golpe, sin tomar aliento, sin descansar ni un día.

Desgraciadamente las cartas escritas de Francia, los informes de agentes secretos, las noticias suministradas por adictos á la casa de los Borbones confirmaban estas especies, y de hora en hora ponían de manifiesto el verdadero estado de las cosas, durante el mismo mes de noviembre, perdido por Napoleón en equívocos parlamentos, siendo así que debió emplearlo en respuestas positivas que atasen á los autores de las proposiciones de Francfort. Un suceso muy grave, aunque fácil de prever sin duda, vino á arrojar nueva luz sobre la

situación de entonces, y á colocar entre los espíritus fogosos á la misma Inglaterra, sin embargo de haberse mostrado un tanto menos violenta que de costumbre. Este suceso de bulto sobrevénia en Holanda.

Sometida quedó Holanda á Napoleón al decretar en 1810 la incorporación de este país á Francia, ante todo porque á la sazón era irresistible, y además porque en tal providencia hallaban diversos intereses momentáneas ventajas. Los revolucionarios holandeses, los católicos y los comerciantes se habían resignado á una revolución, que para los unos significaba la exclusión de la casa de Orange, para los otros la decadencia del protestantismo, para los últimos la anexión comercial al más vasto imperio del mundo. Acaso con mejor régimen político y con la paz acabarían estos intereses por hallar bajo el cetro imperial una satisfacción que acallara el sentimiento de la independencia nacional; mas no fué así de ningún modo. A semejanza del rey Luis prosiguió el archicanciller Lebrun prefiriendo los orangistas, que eran nobles y ricos, á los patriotas, que no eran ni ricos ni nobles. La controversia con el Papa enagenó los ánimos de los católicos en Holanda á la manera que en Francia. Al propio tiempo la guerra marítima redujo á los comerciantes á una miseria profunda, propagada muy luego á todas las clases, y á las inferiores más que á las otras. Bajo el rey Luis, la tolerancia del contrabando fué de algún alivio para los males de la guerra; mas habiendo privado los aduaneros franceses, apenas la incorporación quedó consumada, al comercio holandés de este alivio, pronto llegó el mal á su colmo. Nuevos males

atrajo sobre la miseria universal la introduccion de la matricula marítima y de la conscripcion á estilo de Francia, y entonces el sentimiento nacional se despertó con violencia. Habiendo sacudido Hamburgo y las provincias anseáticas el yugo imperial en 1813, cundió la conmocion á Holanda, y no se atajaron sus efectos sino con rigores. Varios infelices fueron condenados á presidio ó á muerte, y hubo seis ejecuciones en Saardam, cuatro en Leyden, dos en Rotterdam y una en el Haya. Estas providencias fomentaron la exasperacion en vez de aplacarla. Por un momento la contuvieron las victorias de Lutzen y Bautzen sin extinguirla, mas la batalla de Leipzick le restituyó toda su fuerza. Personalmente opuesto el archicanciller Lebrun á las medidas rigorosas, esforzóse por templar á todos sin conseguir mas que dar idea de una buena voluntad impotente. El general Molitor, gefe de las tropas, se hizo respetar como un militar enérgico y probo, que no abusaba de la fuerza en su particular ventaja. A pesar de estas contemplaciones del gefe civil y del gefe militar, se hallaban resueltísimos los holandeses á lanzar de su país á uno y á otro, aunque sin ejercer tropelias en su contra, tan luego como les fuera dado, y á pasar á cuchillo á los aduaneros y á los agentes de policia á quienes tenían horror profundo. Siendo este el semblante de las cosas, muchos emisarios ingleses recorrieron la Holanda por cuenta de la casa de Orange, y prometian á las poblaciones que se sublevaran todo el apoyo de Inglaterra. A la primera aparicion de una fuerza armada proclamarian á la casa de Orange, impopular por largo tiempo, y esperanza y voto del país ahora; mas necesario era que se mos-

trase dicha fuerza armada. Bien tenían los ingleses algunos miles de hombres prontos á embarcarse; pero flotas surtas ó baterias formidables interceptaban el acceso de las radas todas. El almirante Missiesy defendia con la escuadra de Amberes las bocas del Escalda y del Mosa; el almirante Verhuel defendia con la escuadra del Texel la entrada del Zuyderceo. De consiguiente solo por tierra se podia alargar una mano auxiliar á los holandeses. Bernadotte, al dejar á Leipzick, tuvo á cargo libertar á Hamburgo, Brema y Amsterdam, pero no lo puso por obra, sino que llevó todo su cuerpo de ejército hácia el Holstein, para reducir á Dinamarca y arrancarle la Noruega. Con esta mira y deseo de desembarazarse del mariscal Davout, que era el apoyo de los daneses, se decidió á entrar en ajuste para la libre evacuacion de Hamburgo, lo cual permitiera á dicho mariscal venir á Holanda con cuarenta mil hombres. Al saber esta noticia los agentes ingleses y austriacos pusieron el grito en el cielo; los primeros porque no querian que fuesen cuarenta mil franceses á Holanda, los segundos porque en la época en que se esforzaba por propagar el sistema de la mediacion el gabinete de Viena se habia unido á Dinamarca y tomádola bajo su patrocinio. Unos y otros pedian que se quitasen á Bernadotte los ochenta mil hombres que hacia servir en su particular ventaja; mas templó esta irritacion Alejandro, muy á bien con Bernadotte desde que arreglaron acordes el asunto de la Finlandia, y todo se redujo á ordenar que el principe sueco destacara hácia Holanda un cuerpo de prusianos y rusos, cumpliéndolo así los primeros dias de noviembre.

A la aproximacion de esta fuerza auxiliar, los holandeses pusieron término al disimulo. Para contenerlos no tenia el general Molitor mas que algunos cuadros de batallones, que encerraban á lo mas tres mil hombres, de quinientos á seiscientos gendarmes, un puñado de aduaneros, maldecidos aunque muy honrados, quinientos suizos fieles, que no habian contribuido poco á irritar á la poblacion, y finalmente, un regimiento extranjero bien disciplinado, pero en el cual se contaban ochocientos rusos, seiscientos austriacos y otros tantos prusianos. Asi no habia fuerza para avasallar al país, ni por el número ni por la composicion de las tropas. En el Texel mandaba el almirante Verhuel mil y quinientos españoles, que á la primera coyuntura podian insurreccionarse y ponerle en el caso de que se retirara á sus buques.

Habiendo aparecido junto al Issel el cuerpo de Bulow destacado por Bernadotte, el general Molitor salió de Amsterdam con todas las fuerzas disponibles, y vino á situarse en Utrech para custodiar allí la línea de Naardem á Gorcum. Esta fué la señal de la insurreccion. Juntando los orangistas prestamente pescadores, marineros y campesinos, entraron en Amsterdam el 15 de noviembre á la caída de la tarde, precedidos por mugeres y niños y con bandera de la casa de Orange. Al verlos sublevóse el pueblo todo, y á lo largo de los muelles se quemaron la misma noche las casillas de los aduaneros y de los agentes de la policia francesa. Sin embargo, nada se intentó contra los altos funcionarios, y menos contra el architesorero, y no hubo mas sino que la bandera de la insurreccion fué paseada por debajo de sus balcones. Por

toda fuerza contaba unos cincuenta gendarmes leales á toda prueba, si bien impotentes contra tan general levantamiento. Durante la noche convocó el architesorero á los principales miembros de la rica aristocracia mercantil sobre la cual se habia apoyado; hallóla cortés pero tibia, y hubo de reconocer, que si por prudencia se habia sometido á un gobierno que la guardaba miramientos, sin vacilar tornaba á lo que respondia á sus gustos y á sus hábitos aristocráticos á la primera coyuntura. Viendo que no podia esperar nada, el architesorero subió al carruage y se fué á juntar en Utrech con el general Molitor amenazado de frente por veinte mil rusos y prusianos, asaltado á derecha, á izquierda y á la espalda por insurrecciones de toda especie, y sin mas de cuatro mil hombres para hacer cara á todo. Muy luego, y para no ser cortado de la Bélgica, se retiró el general Molitor sobre el Wahal, precedido del architesorero no maltratado mas que con algunos aullidos populares. Desde entonces no hubo una sola ciudad que no operara su revolucion en Holanda. Leiden, el Haya, Rotterdam, Utrech, se crearon regencias casi todas orangistas, y prestamente desembarcado en Holanda el príncipe de Orange, entró en Amsterdam al son de universales aclamaciones. Sin definir todavía la forma de gobierno, anuncióse que Holanda se ponía de nuevo bajo la protección de la antigua casa que tuvo al frente durante las mayores crisis de su historia. A la verdad hubo pocos excesos, salvo contra algunos aduaneros ó recaudadores de los derechos reunidos, no mercedores de que se les hicieran expiar los desmanes de su gobierno. Violento y versátil por lo comun el pueblo de las gran-

des ciudades, aplaudió el advenimiento de la casa de Orange como habia aplaudido antes su caída, y los patriotas ilustrados toleraron su vuelta como fin del despotismo extranjero. Sin mas excepcion que la del almirante Missiesy con la flota del Escalda y la del almirante Verhuel con la flota del Texel, toda la Holanda reconoció á la dinastía de Orange. Allí desembarcaron los ingleses con el general Graham á la cabeza de seis mil hombres.

Para quien reflexionara seriamente, fácil era de ver en tales sucesos un triste augurio con relacion á la misma Francia; y esto fué un rayo de luz para los ingleses. Aquella revolucion que estallaba espontánea y casi sin violencia alguna á la primera aparicion de las bayonetas extranjeras, y que con irresistible empuje derrocaba todas las recientes creaciones del imperio francés para restablecer el antiguo orden de cosas, les persuadió de que muy en breve podia acontecer lo mismo en otras partes. Agentes secretos, comerciantes que iban de Holanda á Bélgica á menudo, belgas perseguidos por la policia francesa les infundieron las mismas esperanzas, declarando que si las tropas aliadas se trasladaran rápidamente á Amberes, á Bruselas, á Gante, á Brujas, donde quiera hallarian disposicion á insurreccionarse contra un gobierno que de quince años atrás les hacia gemir bajo la conscripcion y la guerra maritima y los derechos reunidos; que además encontrarian plazas sin armamento, sin guarniciones, sin vituallas; que la magnífica flota de Amberes pertenecia á quien la quisiera echar la mano, y que así no habia mas que ir adelante por el triunfo. No se necesitaba tanto para excitar las pasiones británicas

y mover al gobierno inglés á nuevas y decisivas resoluciones. Sin pérdida de tiempo se aprestaron refuerzos con destino á Holanda: se hizo que el general Graham y los generales rusos y prusianos recibieran orden de marchar juntos sobre Amberes, y que se comunicaran vivas representaciones á Bernadotte para que dejara de ocuparse de Dinamarca y se dirigiera con todas sus fuerzas á los Países Bajos, sin la menor desconfianza en punto á que la coalicion cuidaria de asegurarle la Noruega que se le habia prometido. Finalmente, se enviaron á lord Aberdeen nuevas instrucciones relativamente á las bases de la paz futura.

Las proposiciones de Francfort, tales como se redactaron en la nota entregada á Mr. de Saint-Aignan y en las cartas posteriores de Mr. de Metternich, habian desagradado, sobremanera en Londres. Allí no se tenia el sentimiento del peligro de cruzar el Rhin como en Francfort donde se tocaba mas de cerca. Todos estaban maravillados de la campaña terminada en Leipzig y nadie concebía que se hiciera alto en senda al parecer tan hermosa, y á cuyo término se descubrían tan grandes ventajas. Dejar á Francia sus límites naturales, esto es, el Escalda y Amberes, le parecia muy duro á Inglaterra, y consideraba como un deber de los aliados libertarla de la presencia importuna y siempre amenazadora de una escuadra francesa en Flesinga. Rusia no habia querido tener delante de sí el gran ducado de Varsovia: Alemania toda no habia querido tener franceses en Hamburgo, en Brema ni en Magdeburgo: Austria no los habia querido sufrir tampoco en Laybach ni en Trieste. Todos estos votos quedaban satisfechos. ¿Por ven-

tura sería Inglaterra la única potencia que viera desatendidos los suyos? ¿No tenía derecho para pedir que se continuase la guerra, si algunos esfuerzos mas bastaban á libertarla de la presencia de los franceses en Amberes? Sin duda los políticos ingleses no aprobaban todos los proyectos subversivos de los exaltados de la coalicion, tales como el destronamiento de los reyes de Sajonia y de Dinamarca; mas si cuantos convenian á Inglaterra, como los que debian obligar á Francia á retroceder de Gorcum á Lila, ó á lo menos á Bruselas y á Gante. Con recuperar á Amberes y á Flesinga se ofrecia una combinacion muy del agrado de Inglaterra, la de hacer á Holanda pujante, para que estuviera en aptitud de oponer mas resistencia á Francia; y así, por ejemplo, se deseaba que la casa de Orange pudiera juntar á las antiguas provincias unidas los Países Bajos austriacos. En esta combinacion se cifraban los deseos vehementes de Inglaterra, desde que la insurreccion espontánea de Holanda, á la cual debia seguir la de Bélgica segun opinion comun al instante, habia revelado la posibilidad de elevar las ventajas alcanzadas sobre Napoleon mas lejos.

Siendo ya las instrucciones en que lord Aberdeen se habia apoyado para asentir á las bases de Francfort un tanto antiguas, modificólas el gabinete británico y recomendó á su ministro que no se considerara ligado por dichas proposiciones. Como condiciones formales de Inglaterra se le señalaron la continuación de la guerra, la reduccion de Francia á sus límites de 1790, y un silencio absoluto acerca del derecho marítimo en los futuros tratados de paz. No se dijo que se llevaria la guer-

ra hasta destronar á Napoleon, por mas que este resultado fuera el que mejor correspondia á los sentimientos ocultos del pueblo inglés, no se dijo porque se habia contraido el empeño de tratar con el emperador de Francia, y fuera una inconsecuencia chocante volverse atrás del compromiso; mas declaróse de una manera general que habia que proseguir la guerra hasta la reduccion de Francia á sus límites de 1790.

Para estimular á las potencias continentales con el cebo del dinero de que experimentaban carencia suma, se encargó á lord Aberdeen que les comprara la flota de Amberes, si efectuaban su conquista, lo cual podia muy bien representar medio año de subsidios. Finalmente, para captarse en particular el Austria, viéndosela ya con celos de Rusia, se encargó á lord Aberdeen que dijera á Mr. de Metternich que, si se contemplaba á Rusia en algunos pormenores, lo que es en la totalidad el gabinete británico se pondria de parte del Austria, porque en casi todos los puntos estaban acordes, porque se preferian sus consejos siempre juiciosos, á los dictámenes extravagantes de ciertos exaltados; pero que en cambio se habia de pronunciar por la ereccion de un poderoso reino de los Países Bajos que se extendiera desde el Texel hasta Amberes.

Tales fueron las instrucciones despachadas á la legacion británica, precisamente al tiempo en que Napoleon se resolvia á aceptar pura y simplemente las proposiciones de Francfort demasiado tarde. Así el mes perdido para nosotros de noviembre á diciembre dejó tiempo de reflexionar á todo el mundo y con especialidad á Inglaterra, que iluminada

por la insurreccion de Holanda, concibió la esperanza y el deseo de despojar á Francia, no solo del Texel, sino tambien de Amberes. Evidentemente una adhesion inmediata y categórica, comunicada desde el 16 de noviembre, pusiera á los confederados de Francfort en situacion embarazosa y de muy difícil salida.

De mas está decir que al llegar á Francfort las nuevas instrucciones hallaban los ánimos perfectamente preparados. Cuantos querian que sin parar se marchara adelante habian ganado por la mano á Inglaterra, y solicitaban que de las bases ofrecidas por conducto de Mr. de Saint-Aignan no se hiciera el mas leve caso. Predispuestísimo estaba el emperador Alejandro á participar de tales miras, asi por resentimiento contra Napoleon como por exaltacion de su orgullo. Hacer en París una entrada triunfal era un desquite de la ruina de Moscu que le arrebatava de alegría. A ello le excitaba el conde Pozzo repitiéndole, que lo que habia ya visto en Holanda, se veria tambien en Bélgica y aun en Francia, si se andaba de prisa, si se pasaba el Rhin con denuedo, y en suma si no se dejaba respirar al comun enemigo. Siempre guiados por el odio querian absolutamente los prusianos marchar adelante. Blucher afirmaba que en París se meteria solo, si le dejaban obrar á sus anchas. A pesar de tener muy sobre la mente los peligros que despues del paso del Rhin se podian venir encima, ni los mismos austriacos desconocian las inmensas ventajas que segun todas las probabilidades alcanzarian de resultas. A la par que Inglaterra ganara á Amberes para la casa de Orange, ellos podian ganar la Italia para sí propios y para sus archi-

duques. No carecian, pues, de razones para proseguir la guerra, aunque al temor de nuevos azares se les agregara el desabrimiento de ceder á la preponderancia poco disimulada de los rusos y á la violencia brutal de los prusianos. Pero en esta cuestion habia un argumento decisivo para ellos como para todos, el voto de Inglaterra, que pagaba á la coalicion, que por sus victorias en España habia adquirido una importancia continental no alcanzada hasta entonces, que además tenia su omnipotente marina, y que sustentando la balanza de las opuestas ambiciones, la podia inclinar al que fuera mas en su apoyo. De consiguiente resolvieron continuar la guerra sin descanso, Prusia por venganza, Rusia por vanidad, Austria por condescendencia interesada hácia Inglaterra, Inglaterra por los diversos motivos referentes al Escalda, y todas por la corriente de las cosas que arrastaba al último extremo una lucha tan antigua, tan encarnizada y tan implacable. Asi Mr. de Metternich contestó el 10 de diciembre á la nota por la cual se habia adherido Mr. de Caulaincourt al mensaje de Mr. de Saint-Aignan, que á pesar de haber aceptado Francia las condiciones de Francfort muy tarde, se comunicaria esta aceptacion tardía á todos los aliados. No le dijo si por consecuencia de estas comunicaciones se suspenderian las operaciones militares, y como despues de la ruptura del congreso de Praga jamás se habia convenido en que, para el caso de que se anudasen las negociaciones, se consideraran suspensivas de la guerra, con tal de proseguir los parlamentos pacíficos al presente, se podia marchar adelante sin violar ningun compromiso. De esta suerte la pretendida remision de la

respuesta francesa á las córtes aliadas permitia obrar sin muy notable inconsecuencia.

Ahora bien, ya que Inglaterra queria proseguir la guerra por interés peculiar suyo, lo natural era que pagara los gastos de esta campaña, y como todos los beligerantes carecian de fondos para armamentos tan enormes, se determinó que se le pidieran nuevos subsidios, y para hacerla conocer su extension y su urgencia, allá fué enviado el hombre que representaba ya en los consejos de la coalicion un papel de la mayor importancia, el conde Pozzo. De seguida marchó á Lóndres para presentar al ministerio británico el presupuesto de esta campaña de invierno.

Mas para el caso de emprender nuevamente las hostilidades, el plan que se debia adoptar preferentemente suscitaba numerosas cuestiones, y podia enjendrar graves disidencias dentro de una coalicion en que ya estaban muy divididos los intereses y los sentimientos del amor propio, y en que solamente la mas imperiosa necesidad de conservacion mantenía un concierto mas aparente á menu-do que positivo. Fuera de que las fuerzas aliadas se hallaban muy disminuidas por el encarnizamiento de la lucha, también estaban diseminadas por la diversidad del designio á que propendia cada una de sus porciones. Para bloquear las plazas del Elba, fué preciso dejar á la espalda los cuerpos de Kleist, de Klenau, de Tauenzien, de Benning-sen, todos los cuales habian tomado parte en el tremendísimo reto de Leipzig. Bernadotte con los suecos, los prusianos de Bulow y los rusos de Wint-zingerode, bajo pretexto de hacer frente al mariscal Davout, se habia apartado del objeto principal

sin otro fin que el de quitar la Noruega á los daneses, lo cual habia exasperado á los austriacos sus protectores, y promovido sospechas sobre la buena fé de Alejandro, á quien se acusaba de alentar bajo cuerda á Bernadotte, por mas que en lo público no escatimara la censura. Apenas se habia podido arrancar al nuevo príncipe sueco un destacamento para favorecer la exaltacion de la casa de Orange. Por consiguiente junto al Rhin no estaban más que el ejército del príncipe de Schwarzenberg acantonado desde Francfort hasta Basilea, y el del mariscal Blucher acantonado desde Francfort hasta Coblentza, teniendo bávaros, badeses y wurtembergueses en sus filas. Despues de la incorporacion de estos últimos y de las pérdidas de la campaña, se calculaban los dos ejércitos en doscientos veinte ó doscientos treinta mil hombres inmediatamente disponibles. Verdad es que, yendo nuevos contingentes alemanes á relevar á las tropas que bloqueaban las plazas, y llamando á Bernadotte para concurrir al comun objeto, se podian juntar sobre el Rhin otros doscientos mil hombres; verdad es que se esperaba sacar numerosos reclutas de Polonia, de Prusia y de Austria, y que habia setenta mil hombres en Italia, y cien mil en la frontera de España, de cuyas resultas para marzo ó abril se estaria en aptitud de atacar á Francia con no menos de seiscientos mil soldados; pero por de pronto solo se podian poner en línea doscientos veinte mil combatientes, de los cuales ciento sesenta mil eran austriacos, prusianos, rusos, wurtembergueses, hesseses y badeses, bajo el mando del mariscal Blucher. Atrevida empresa era la de pasar el Rhin delante de Napoleon con tales fuerzas;